un impotente intelectual y que no merece la gloria.

No invocamos la historia de las literaturas extranjeras como un grito del pasado contra el presente, es un error en que no caeremos; pero es interesante recordar que los pueblos no han amado sino á los escritores que los hicieron sentir y pensar; á los que iluminaron horizontes nuevos y á pesar de este afán de gloria barata que agita tantas pasiones en los hombres de nuestro tiempo, no hay señales evidentes de que los pueblos en el futuro continuarán amando á los escritores vacíos, que no les han hecho pensar, que nunca les han hecho sentir.

Si llamamos la atención de la juventud sobre ciertas reputaciones, no es para inspirarle odio hacia los hombres que las arrastran ostentosamente, sino para infiltrarle un desprecio profundo por esos ideales de una vida inactiva que se halla en acecho de un cómodo puesto público, ya dentro, ya fuera del país, y que entretiene sus intermedios con literatura insípida, en nombre del arte por el arte, fórmula estúpida de los que no tienen nada en el alma, ni un ideal en el mundo.

LEONARDO DA VINCI.

En el templo

Quienes llaman la atención de los que van al templo á hacer sus observaciones, son los jóvenes. Tanto ellos como las señoritas, distraen—con pequeñeces—su pensamiento que, en aquel sitio, debía concentrarse en la contemplación.

Los jóvenes han confundido las ideas contemporáneas con la charlatanería y la malacrianza. Hemos visto algunos que, obedeciendo á lo que ellos llaman liberalis-